

harapos, no lo pensó dos veces, tomó su bolsa, y al punto la vacía toda entera en las manos de los padres del infortunado niño. A la vista de la ale-

CAPITULO V.

Medios para hacer caridad.

Pero vosotros, queridos niños y niñas, me diréis: Para socorrer á los pobres se necesita dinero, y nuestro bolsillo no se encuentra sobradamente provisto; al contrario, á menudo se halla vacío. Todavía más, aún los hay entre nosotros que carecen de él absolutamente. Como el dinero es escaso, pronto lo habrémos distribuido; y entonces, ¿qué hacer?

Bien, escuchadme. Voy á enseñaros los medios de hacer dinero, de acuñar moneda para los pobres; es menester que la caridad tenga sus pequeñas industrias. El primer medio es querer: cuando vosotros deseais una cosa con ansia, cuando teneis lo que se llama un delirio por ella, es muy raro que no acabéis por obtenerla. cuando por ningún otro medio, por el de vuestra pobre madre. Sabeis perfectamente ponerlo todo en obra, los ruegos, las lágrimas y hasta las amenazas; pero de estas no usan más que los malos, y si

lla más es muy poca cosa, llevála con las mias." La niña lo hizo apresuradamente. La polla creció é hizo huevos, los huevos se transformaron en polluelo, lo que no había sido previsto por

vosotros lo habeis hecho, cuidado, no lo hagais más, que esto sería asemejaros á los niños perversos y mal educados. Pues bien, esta fuerza de voluntad es menester que la pongais para la caridad, y los recursos no os faltarán.

Para ilustrar vuestro corazón y abrirlo á estas industrias de la caridad, voy á referiros un rasgo encantador.

Entre los niños que acuden á aprender el catecismo en la iglesia de San Sulpicio, hay una sociedad digna de imitación, conocida por el nombre de *Sociedad del Niño Jesús*, está formada por niños ricos unidos con el fin de proveer á la manutención de los niños pobres; es una dicha poder formar parte de la misma. Concurría á dicha iglesia una niña hija de un trabajador que hubiera deseado contribuir a los fines de la Sociedad, pero no tenía dinero. Un día, se volvía á su casa, triste, y buscando en su cabeza, ó mejor en su buen corazón, los medios de procurárselo. "¡Bueno! dijo de pronto, lo encontré: mi padre me ha prometido dos cuartos cada domingo si tengo buen comportamiento, y después he notado

harapos, no lo pensó dos veces, tomó su bolsa, y al punto la vacía toda entera en las manos de los padres del infortunado niño. A la vista de la alegría y del reconocimiento de aquella

que los vecinos me dan cuatro cuartos si cumplo con exactitud y presteza los encargos que á veces me hacen; me portaré bien, y haré los encargos con prontitud." Guardó su palabra, y muy pronto hubo reunido una peseta; una peseta para ella era una fortuna. Entonces pidió permiso á su madre para ir al mercado con una vecina suya que era posadera. Allí compró una polla, y después regresó muy contenta, con su polla debajo del brazo. Pero cuando la madre vió la polla, decidió que lo mejor era matarla, porque echaría á perder los muebles de la habitación y además costaría mucho mantenerla. La niña desconsolada se echó al cuello de su madre, suplicóle encarecidamente que no la matase, prometiéndole que no causaría ningún daño en los muebles y que además ella la mantendría con su comida. A pesar de sus promesas, bien pronto la polla causó desperfectos en el mueblaje, y fué sentenciada irrevocablemente á salir de la habitación. La niña desconsolada fué á contárselo á su vecina, la cual conmovida por su dolor le dijo: "Mira, querida, una po-

lla más es muy poca cosa, llevála con las mias." La niña lo hizo apresuradamente. La polla creció é hizo huevos, los huevos se transformaron en polluelos; lo que ya había sido previsto por la niña, y por otro lado la niña continuó su pequeño comercio de buen comportamiento y de hacer con exactitud los encargos. Después de diez y ocho meses de perseverancia, se encontró con unos 15 francos. Tomó su dinero, se fué á la iglesia el día de la fiesta para asistir al catecismo, y después esperó cerca del cepillo á que todos los niños se marchasen. El sacerdote encargado de enseñar el catecismo, viendo aquella niña conmovida y que parecía esconderse, tuvo alguna inquietud y se puso en observación. La niña tomó su dinero, y creyéndose sola, sube radiante de alegría sobre una silla y echa su dinero en el cepillo ó caja de los pobres, y después baja; pero el sacerdote llega de pronto, y le pide de dónde ha sacado tanto dinero. La niña le cuenta ingenuamente lo que acabo de referiros, suplicándole que no lo dijese á nadie, lo que no quiso prometerle; pero conmovido

fió bienhechor se volvió más feliz que un rey, los pobres habían ganado 3 francos 10 céntimos,

Hé aquí otro medio muy fecundo en

por una acción tan hermosa, le dió una moneda de 20 francos; la niña de un salto sube sobre la silla por segunda vez, y la echa también en el cepillo ó cajita.

Con esto no quiero decir que todos compreis pollas; la industria tal vez no os iría muy bien. Pero si os digo que busqueis en vuestro buen corazón, y no dudo que si lo haceis encontraréis medios por lo menos tan buenos como el de la polla. Entre tanto voy á indicaros algunos otros.

Por de pronto debeis procurar que se interesen en vuestras buenas obras vuestros conocidos; aprovechaos de una fiesta de un casamiento, para hacer una pequeña colecta para los pobres. No seais importunos; pedid á los que conoceis que os aman y que no sentirán mucho el complaceros; regularmente se da con gusto á los que se ama.

También podeis hacer una pequeña lotería; comprad ó confeccionad vosotros mismos lotes, y luego expedís billetes de un cuarto ó dos: se os tomarán facilmete, y hé aquí dinero, hé aquí pan para los pobres. El año pasado

el mueblaje, y fué sentenciada por vocabalmente á salir de la habitación. La niña desconsolada fué á contárselo á su vecina, la cual conmovida por su dolor le dijo: "Mira, querida, una po-

las niñas de las clases de las *Hermandades de la Caridad* de la calle Vaugirard se privaron de una parte de la comida para tomar billetes de á cuarto de una lotería.

Una mujer vieja, que antiguamente había sido cantinera de la guardia imperial, se ganaba la vida por medio de una tiendecita en la que vendía tortas dulces; el invierno de 1810 fué tan cruel, que el vecindario, no pudiendo apenas comprar pan, dejó abandonada la tiendecita. La miseria se apoderó pronto del desvan en que vivía la ex-cantinera. Habiendo llegado á conocimiento de la Sociedad de aprendices de la Conferencia de San Vicente de Paul de París, se apresuraron á consolarla con sus visitas y con los escasos recursos de que podían disponer. Pronto se agravó su malestar á causa de haber concluído el arriendo de la habitación y carecer de recursos para renovararlo ¿Cómo hacerlo? La pobre, mujer que no tenía ni un ochavo, mal podía pagar los 15 francos á que subía lo que había de pagar. No poseía más que una mala cama; si la vendía, tenía que dormir en

no bienhechor se volvió más feliz que un rey, los pobres habían ganado 3 francos 10 céntimos,

Hé aquí otro medio muy fecundo en

el suelo, sin por esto recoger la cantidad que necesitaba. Contó su triste estado á los buenos aprendices que la visitaban, ya que eran sus únicos amigos y su solo sosten. Compadecidos hasta derramar lágrimas al ver la desesperación de su protegida, no sabían cómo sacarla de tan terrible lance, no teniendo más que unos cuantos cuartos. Uno de ellos hizo la siguiente proposición á sus camaradas: "Yo saqué de la lotería de la Sociedad de patronos una caja de chocolate; está todavía intacta, y la ofrezco para ser nuevamente rifada, y con su producto pagaremos el alquiler á esta pobre mujer." Fué aceptada la proposición, y la caja de chocolate produjo los 15 francos; el domingo siguiente pagaron el alquiler, y la vieja ex-cantinerá quedó con su cama y su domicilio.

También podeis privaros de golosinas. Las fiestas del Corpusson fiestas muy divertidas para la mayor Parte de los niños de París (1). En tal día,

(1) En España se observa esta hermosa costumbre el día de la cruz de Mayo.

(N. del T.).

el mueblaje, y fue sentenciada irrevocablemente á salir de la habitación. La niña desconsolada fué á contárselo á su vecina, la cual conmovida por su dolor le dijo: "Mira, querida, una po-

haréis un paquetito y lo llevaréis á los pobres.

El buen rey Luis XII, llamado el padre del pueblo, llevaba el *jubón* roto en

con auxilio de una mesa, unas cuantas flores y alguna imagen, erigen preciosas capillitas en las calles, y piden á los transeuntes un cuartito para las necesidades del culto: este culto consiste en azúcar, juguetes ó confites para los pequeños sacerdotes que sirven la capilla. Un interesante niño de nueve años tenía también su capilla, pero no pensaba gastar para sí los cuartitos que atesoraba; queria ponerlos á subido interés, prestándolos á Dios, distribuyéndolos á los pobres. La Providencia bendijo su buena intención; la cosecha fué abundante, gracias al celo del pequeño sacristán que en dicho día, olvidó hasta la comida; y por la noche estaba tan contento del resultado que suplicó á su madre le llevase en seguida á la iglesia para entregar su tesoro. La Conferencia de San Vicente de Paul estaba reunida en la sacristía, y un Piadoso y caritativo sacerdote les ofreció la bolsa del pobre niño; el dinero fué contado en su presencia, y el pequeño bienhechor se volvió más feliz que un rey, los pobres habían ganado 3 francos 10 céntimos,

Hé aquí otro medio muy fecundo en

el suelo, sin por esto recoger la cantidad que necesitaba. Contó su triste estado á los buenos aprendices que la visitaban, ya que eran sus únicos amigos y su solo sosten. Compadecidos

resultados, es una verdadera California para los pobres, es un tesoro inagotable, Voy á explicaros el medio pero lo haré á media voz, para que los demás no se enteren. Se dice que vosotras, niñas, en particular, teneis una afición más que regular á vestir con lujo; que estais pidiendo á menudo las cosas más caprichosas; que continuamente estais repitiendo: "Madrecita, cómpreme V. eso; madrecita, deme V. aquello." Pues bien, mis queridos niños y niñas, cercenad estos gastos; preferid las cosas sencillas, y lo que ahorréis dadlo á los pobres. Teneis acaso necesidad de todos estos adornos para ser amables? ¿Por ventura no teneis vuestros dulces ojos, vuestras rosadas mejillas, vuestra florida boca y la candidez más pura retratada en vuestra frente?

Un día se hablaba de una familia muy pobre delante de una niña que iba á hacer la primera Comunión: era una de las que gustan mucho de la vanidad, y que tenía guardadita una moneda de 20 francos; era el principio de una suma destinada para comprarse un braza-

haréis un paquetito y lo llevaréis á los pobres.

El buen rey Luís XII, llamado el padre del pueblo, llevaba el *jubón* roto en

lete. Al oír referir esta miseria se comovió, y su madre le dijo: "Y bien, hija mía, ¿qué piensas hacer? ¿cuánto das para socorrerla?" Ella respondió sin rodeos: "Doy cuanto tengo; ya no quiero el brazaletes, puesto que el verlo me causaría un remordimiento." Se arregló la cosa, y al fin se decidió que contribuiría por su parte con 5 francos. Todavía tengo que presentaros otro rasgo; ¡me gusta tanto hablar con vosotros! Otra niña lo hizo mejor aun: esta tenía más edad, contaba unos 16 años; á los 16 años se ama con exceso el placer, y una imaginación de 16 años encuentra pocas veces cosas bastante bellas. Sus ojos se habían fijado en una manteleta que valía 190 francos; le había parecido muy elegante, y se prometía comprarla. La mañana siguiente fué á oír un sermón; versó sobre la caridad, probando que era necesario disminuir la vanidad y el lujo, dando lo sobrante á los pobres. Este sermón vino muy mal para la manteleta; pero la jóven tenía muy buen corazón y se dijo. "Hé aquí una buena ocasión; con una manteleta de 120 francos podré

el suelo, sin por esto recoger la cantidad que necesitaba. Contó su triste estado á los buenos aprendices que la visitaban, ya que eran sus únicos amigos y su solo sosten. Compadecidos

pasarme, y me quedarán 70 francos para hacer limosna." Fué adoptada esta resolución, y los pobres tuvieron 70 francos más. Hé aquí una excelente manera de allegar dinero.

Después de todo, mis queridos niños y niñas, no es absolutamente necesario tener dinero para hacer caridad. Los pobres tienen necesidad de muchas cosas... de vestidos sobre todo...

San Martín, cuando era un jóven soldado, entraba en la ciudad de Amiens; era en medio del invierno, y éste muy rigoroso. Encontró en la puerta un pobre; medio desnudo, que le pidió limosna. San Martín, encontrándose sin dinero, toma su sable, y parte en dos trozos su capa, dando uno al pobre.

Vosotros, mis queridos niños y niñas, no le imiteis; yo no os lo aprobaría. ¿Qué diría vuestra madre si os viese llegar no más que con la mitad de la capa? Se enfadaría. No le demos esta ocasión de regañar, bastantes otras le proporcionamos: hé aquí lo que debeis hacer; cuidaréis con sumo esmero vuestros vestidos y todas las cosas que os pertenecen. Cuando ya no os sirvan,

haréis un paquetito y lo llevaréis á los pobres.

El buen rey Luis XII, llamado el padre del pueblo, llevaba el *jubón* roto en los codos, para ahorrar dinero á sus súbditos (1). Hoy día los tiempos han cambiado: la moda no permite llevar *jubones* rotos; pero al menos tengamos cuidado de llevarlos á los pobres.

Hay todavía otro medio de hacer caridad que comprenderéis al momento, mis queridos niños y niñas, y que yo llamaré la *limosna del corazón*, es decir, la limosna de un poco de alegría, de un poco de felicidad; este medio es más reparador y poderoso de lo que parece; es tal vez el más poderoso para acercar las clases ricas á las pobres, para enseñarlas á conocerse y á amarse.

Anteriormente os he dicho que los niños pobres tal vez por lo único que conocen la desgracia es por la falta de caricias, de golosinas y de juguetes, y que el procurarles todas estas cosas es

(1) Nuestro Fernando el Católico enseñaba á los cortesanos las mangas nuevas que á su jubón viejo le había puesto su esposa Isabel la Católica con sus propias manos. - (N. del T.).

dos á contemplar el triste espectáculo que, sobre todo los domingos, se presenta á nuestros ojos. . . . Vosotros no sabeis lo que pasa, mis queridos niños

el mejor medio de ganar el corazón de sus padres. ¡Pues bien! hacedlo alguna vez, mis queridos niños y niñas; dadles los juguetes que menos os agraden, y si quereis, los más hermosos, que será mejor.

En el colegio de *Oiseaux* vivía una niña de seis años, hija de una madre bendecida de Dios. Sabía perfectamente que era necesario hacer limosna, y tratar á los pobres como á nosotros mismos. A más, amaba mucho los juguetes, y pensaba con razón que á los niños pobres también debían gustarles. Un día, pues, cogió una parte de los suyos, se fué á esperar que salieran las niñas de las clases gratuitas, y se los distribuyó, escogiendo las más pobres y las más mal vestidas. Si todos os portáseis así, hijos míos, habría muchos menos rencores y crímenes en el mundo. Una de esas cosas sin valor, dada á un niño, puede fijar á su padre en la senda del bien.

Estoy apasionado por los niños que van á las escuelas de párvulos á distribuir confites á los niños pobres. y á llevarles juguetes.

proportionamos: hé aquí lo que debéis hacer; cuidaréis con sumo esmero vuestros vestidos y todas las cosas que os pertenecen. Cuando ya no os sirvan,

Pero hé aquí otro medio de hacer caridad, con el cual de seguro no habréis pensado; es de los más sencillos y fáciles. ¿Veis, mis queridos niños, esos pedazos de papel, de ropa y de otras materias; muchas de esas cosas viejas de las cuales uno no sabe qué hacer; estos trozos del abanico que acabais de romper, y por el cual os han reñido?... ¡Pues bien! hay en las grandes poblaciones muchísimos hombres que viven de esto. Estos hombres se llaman traperos: literalmente viven de la basura; y no obstante, son criaturas de Dios como nosotros. Recoged, pues, todas esas cosas, y colocadlas ó hacedlas colocar en la calle, y se convertirán en pan para el pobre traperero. Además será una gran caridad.

De los mendigos, mis queridos niños y niñas, sin duda los hay que son desgraciados por culpa suya; porque beben demasiado aguardiente, ó por otros vicios; pero no por eso son menos dignos de compasión, y sus familias merecen todo nuestro interés, porque tienen sus hijitos que ponen en la calle tan pronto como pueden, diciéndoles: "An-

dos á contemplar el triste espectáculo que, sobre todo los domingos, se presenta á nuestros ojos. . . . Vosotros no sabeis lo que pasa, mis queridos niños

da, gánate la vida." Es menester que nos acerquemos á ellos, pues están persuadidos que los ricos los desprecian y que no les aman. Es menester hacerles bien, mis queridos niños y niñas, porque en estos tiempos de inestabilidad, ¿quién sabe si nosotros tendremos que llevar un día la vida del mendigo? Cuando menos, vuestras vanidades pasarán... vuestros bellos encajes y bordados, vuestros terciopelos y sedas; todo desaparecerá hasta que nuestro cuerpo vaya al cementerio; y por esto debemos ser buenos y caritativos. Esto me conduce al último medio de recoger dinero para los pobres. Cuando no tengais dinero, os dirigiréis á vuestros padres para obtenerlo; les haréis las más bellas promesas y cuidaréis de cumplirlas; tendréis buen comportamiento; seréis tan laboriosos, tan dóciles, tan amables, tan... que no os lo podrán rehusar, y tendrán gusto en dároslo; entonces de este dinero haréis dos partes: una para vosotros para oomprar dulces; Dios es muy bueno é indulgente, hijos míos é hijas mías, y por lo tanto no os priva de comer dulces; ¿no es El que

proporcionamos: hé aquí lo que debeis hacer; cuidaréis con sumo esmero vuestros vestidos y todas las cosas que os pertenecen. Cuando ya no os sirvan,

tra piedad, nuestra caridad? ¿Qué ha hecho esta desgraciada para que la dejemos sufrir así? Vosotros, hijos míos é hijas mías, que conoceis las alegrías

los ha criado para vosotros?... la otra parte, que procuraréis sea la mejor, para los pobres para comprarles pan, vestidos y lo demás que necesiten; porque el pan y los vestidos son los dulces de los pobres.

¡Oh! sí, sed caritativos, hijos míos é hijas mías, sobre todo procurad buenos libros á los pobres, que les enseñen á resignarse, á esperar, á trabajar, á economizar; que les enseñen á no ahogar su razón y sus penas en esos licorres que matan el alma y el cuerpo. Hemos olvidado demasiado este medio de hacer caridad, y temo mucho que sobre este punto seamos muy culpables; este es el medio más eficaz para desterrar la miseria... Es necesario enseñar á los pobres, á los trabajadores, á socorrerse ellos mismos, porque de otro modo, ahuyentada la miseria hoy, renacerá mañana; pero si el hombre es sobrio y laborioso ganará su pan y el de su familia, y no nos veremos condenados á contemplar el triste espectáculo que, sobre todo los domingos, se presenta á nuestros ojos... Vosotros no sabeis lo que pasa, mis queridos niños

da, gánate la vida." Es menester que nos acerquemos á ellos, pues están persuadidos que los ricos los desprecian y que no les aman. Es menester hacerles

y niñas; siento turbar la paz de que gozais; ignorais que hay millones de mujeres y niños como vosotros que están en la mayor miseria. ¡Es horrible! Mirad este miserable, este infeliz padre de familia; gasta en la taberna el fruto de su trabajo, mientras que en su casa está gimiendo su anciano padre, desconsolándose su buena madre, llorando su pobre esposa, tiritando de frío sus hijitos y pidiendo pan á su madre, que carece hasta de un bocado para consolarles. . . . Sí, en nuestra hermosa patria hay millares de mujeres y de niños como éstos. ¡Pobres niños, pobre mujer, qué tristes fiestas pasan! ¡Pobre mujer! se encuentra en su reducida habitación, sin fuego, sin pan, rodeada de sus hijos que duermen, y que se despiertan á menudo por el hambre que sienten; espera, espera, ¡y es tan largo el tiempo para el que espera! Son las diez, se dice, y no vuelve. . . es media noche, y no oigo sus pasos. . . son las dos de la madrugada, y todavía no llega. ¡Dios mío! ¿dónde estará? Todo se lo habrá gastado, ¿como lo haremos? etc.

tra piedad, nuestra caridad? ¿Qué ha hecho esta desgraciada para que la dejemos sufrir así? Vosotros, hijos míos é hijas mías, que conoceis las alegrías

¡Triste desengaño! antes, en sus sueños de soltera, en sus sueños de felicidad, sin duda se había dicho más de una vez: Un día tendré casa, marido, hijos; me amarán, y les amaré, y todos seremos felices, sobre todo los domingos cuando nos encontraremos todos reunidos al rededor de la mesa. ¡Infeliz! ¡hé aquí en qué han parado tus ensueños de felicidad! ¿Es esta la felicidad á que aspirabas? No tienes pan: por lo demás no tienes necesidad de él, tienes tu dolor que devorar y tus lágrimas que beber; ¡pero tus hijos, tus pobres hijos!...

Una mujer compareció delante del tribunal de policía correccional; esta infeliz mujer declaró con voz temblorosa. Su figura toma una expresión de terror cada vez que su vista se fija en su marido.

El señor Presidente.—Declarad sin temor, decid cuántas veces os ha pegado vuestro marido.

La mujer.—Hace cuatro años que mi marido me pega día y noche. No he tenido durante este tiempo un solo instante de reposo. Llevo señalada en todo mi cuerpo su brutalidad.

da, gánate la vida." Es menester que nos acerquemos á ellos, pues están persuadidos que los ricos los desprecian y que no les aman. Es menester hacerles

El señor Presidente.—¿Cuánto tiempo hace que estais casados?

La mujer.—Cerca de cinco años.

El señor Presidente.—¿Y hace cuatro años que sois víctima de la brutalidad de vuestro marido?

La mujer.—Sí, señor, en todo este tiempo no he tenido un día bueno.

El señor Presidente.—Teneis un hijo; ¿qué edad tiene?

La mujer.—Tres años y medio.

El señor Presidente.—El día 28 de Agosto, vuestro marido ¿no le pegó también á él?

La mujer.—Sí, señor; esto es lo que más me ha desconsolado; si él no me hubiese pegado mas que á mí, . . . ¡ya estoy acostumbrada á ello! . . . ¡pero hacerlo á mi pobre hijo! Le ha dado de puñetazos en las espaldas, y le ha echado por tierra. Entonces le he suplicado, le he dicho juntando las manos: Te ruego que desahogues la cólera sobre mí, ¡más no lo hagas con mi pobre hijo! No me escuchó, y pegó á mi hijo, y á mí me hechó por tierra, y me pisoteó.

¡Dios mío! ¿dónde está, pues, nues-

tra piedad, nuestra caridad? ¿Qué ha hecho esta desgraciada para que la dejemos sufrir así? Vosotros, hijos míos é hijas mías, que conoceis las alegrías de las familias, que debeis á las veladas de los domingos vuestras más puras dichas, compadecedla, y al menos tened piedad de ella, tened piedad de sus hijitos. Dadle libros buenos para consolarla, para moralizar á su marido, que no es esto imposible. Conozco más de doscientos que en el transcurso de un año han cambiado por este medio de tal manera, que en vez de la miseria y la desolación llevan hoy día á su casa el bienestar y la paz.

Hay, empero, todavía otra miseria digna de compasión; vosotros teneis aún madre, que os ama y que vosotros amais; ¡qué dichosos sois! Una madre, una buena madre, es casi toda la felicidad de la vida. Las felicidades más puras os vienen de vvestra madre; cuando teneis penas, las contaís á vuestra madre, y os encontraís más aliviados. Por la noche, sobre todo, cuando os vais á dormir, la llamaís cerca de vuestra cama; y allí os dice al oído cosas ine-

pensamientos piadosos para el mes de marzo, escrito en francés por el autor de las Arenas de Oro, y traducido al castellano por el Sr. Presbítero Gerardo Herrera, Cura Párroco de San José. Con licencia eclesiástica.

fables de bondad; os dormís oyendo el murmullo de su palabra, ó la suave melodía de su canto, y después ella se pone de rodillas cerca de vuestra cama; ruega, la buena y santa madre, ruega por vosotros sobre todo; y antes de marcharse, toca con sus labios suavemente vuestra mejilla, por temor de despertaros. ¡Ah! ¡que sea oída su plegaria! ¡que Dios atienda lo que le pide! ¡pudiéseris ser tan dichosos como su corazón desea!

Pero pensad, mis queridos niños y niñas, que hay en la tierra infelices niños que no tienen madre, que son pobres y huérfanos, que no tienen madre para compadecerles y amarles, que no tienen madre para gozarse en sus dichas, para recogerles por la noche y cubrirles de besos; murió, y muriendo les dirigió su postrera mirada, y su última palabra fué: “¡Ay, hijos míos! ¿quién cuidará de vosotros? ¡Dios mío, tened piedad de mis hijos!”

¡Ah! queridos angelitos, dad, dad mucho, si podeis; dad para que esos huérfanos no sean abandonados, para que encuentren quien les cuide, quien

poor hijo: no me escucho, y pego a mi hijo, y á mí me hechó por tierra, y me pisoté.

¡Dios mío! ¿dónde está, pues, nues-

les ame, quien reemplace á su madre, si esto es posible.

Y cuando vuestra madre se encuentre enferma; cuando la muerte amenace arrebatárosela, rogaréis al pié de su cama, recordaréis á Dios que habéis sido buenos para los huérfanos; le prometeréis portaros mejor aún con ellos, y vuestra plegaria irá hasta el cielo; será un verdadero *memorial á Dios*.

Se cuenta de un niño que, viendo á su madre peligrosamente enferma, escribió una carta á Dios, pidiendo su curación; la colocó debajo de las alas de su mejor paloma, á la cuál abrazó tiernamente, recomendándole que la llevase á su destino; pero ¡ay! el viaje era demasiado largo, y el cielo estaba demasiado alto, y la carta no llegó á su destino. Esta sí que llegará, y cuando Dios la viere dirá: ¡Ah! la enferma es la madre de mi hijito que tanto ama á los pobres; no quiero que muera, no quiero causarle este dolor. Y después inspirará al médico remedios eficaces, y vuestra madre vivirá.

Y tú, hija mía, que creces todos los días, que pronto te encontrarás hecha

pensamientos piadosos para el mes de Marzo, escrito en francés por el autor de las Arenas de Oro, y traducido al castellano por el Sr. Presbítero Gerardo Herrera, Cura Párroco de San José. Con licencia eclesiástica.

ya una joven, no olvides á los pobres: sin duda tu posición te condenará á ir alguna vez á las fiestas del mundo; pero permanece siempre como eres; conserva tu bella y buena naturaleza; no te dejes fascinar por esos encantos, por esas ilusiones, por esos elogios que te echarán á media voz para que sean más seductores. En medio de esas prodigalidades del lujo, de esas oleadas de luz y de armonía, acuérdate alguna vez de los que sufren; piensa que, en la misma población, en la misma calle, en la misma casa tal vez, en los últimos pisos, Dios está contemplando un espectáculo muy diferente. . . . Es un desvan abierto á todos los vientos; la nieve cubre el tejado, está helado; allí se siente frío como en un sepulcro; la escena que se representa es la que, por desgracia, se ve con harta frecuencia. En un rincón duermen varios niños, que se abrazan estrechamente para no tener tanto frío; una mujer descarnada está acostada en una cama destrozada; la piel de sus manos y de sus mejillas parece pegada á sus huesos; está enferma la pobre viuda, enferma de fatiga y de dolor, por-

que me escucho, y pego á mi hijo, y á mí me hechó por tierra, y me pisoteó.

¡Dios mío! ¿dónde está, pues, nues-

que, desde la muerte de su marido, su trabajo no basta para mantener á su familia. Frente de ella está, en pié, su hija, que vela á su madre, después de un día en que ha trabajado quince horas para ganar apenas quince sueldos (unos dos reales y medio); le presenta un vaso de agua para refrescar su abrasado pecho, y la pobre madre, después de beber unas gotas, rehusa beber más, y le dice: "Es demasiado frío; ¡esto me daña, me hiela! necesitaría un poco de azúcar, pero no tenemos dinero para comprarlo. ¡Dios mío, qué miseria! ¡bienaventurado tu padre! ¡ah! ¡yo pudiese estar con él!"

Y la joven cae sobre la cama de su madre, toma su mano descarnada, y cubriéndola de besos le dice: "Madre mía, ¿por qué habláis así? me agotais las fuerzas; mientras sepa que con mi trabajo puedo proporcionaros algún alivio tendré valor y fuerza, madre mía; tened confianza, tal vez no seremos siempre tan desgraciados. Dios es bueno y no nos abandonará; todavía hay almas buenas en la tierra, acaso nos envíe alguna."

pensamientos piadosos para el mes de Marzo, escrito en francés por el autor de las Arenas de Oro, y traducido al castellano por el Sr. Presbítero Gerardo Herrera, Cura Párroco de San José. Con licencia eclesiástica.

Hija mía, procura ser esta buena alma, este ángel consolador; hazte acompañar al seno de la familia pobre; córrrela con el dinero de tu bolsillo y con las palabras de tu buen corazón; escucha la larga historia de sus desgracias; dile que volverás á visitarla; y cuando salgas, la joven, echándose de nuevo en los brazos de su madre, le dirá: "¿Lo veis? tenía razón, aún hay almas buenas, Dios no nos ha abandonado." Y juntas dirán con efusión: "¡Oh qué joven tan buena! ¡Dios la bendiga!"

A. M. D. G.



pequeño hijo, no me escucho, y pego a mi hijo, y á mí me hechó por tierra, y me pisoteó.

¡Dios mío! ¿dónde está, pues, nues-

ANGEL CUSTODIO

OBRAS PUBLICADAS

FOR LA

Biblioteca Religiosa.



Guirnalda de doce flores tejidas para las señoritas mexicanas, católicas á quienes dedica este modesto trabajo el Sr. Presbítero Crescencio Rivera Soria. Un tomo en 16^o de 170 páginas, encuadernado en rústica, 12 centavos.

Encuadernado en tela y planchas, 30 centavos.

Manojito de Flores de San Francisco de Sales, seguido del opúsculo del mismo autor. Avisos a las almas piadosas. Un tomo en 16.º de 96 paginas, encuadernado con bonitas cubiertas á la rústica, 12 centavos.

A solas con Jesús. Meditaciones sacadas de los escritos del P. Eymard, fundador de la Sociedad del Santísimo Sacramento, seguidas del Camino de la Cruz Eucarístico y de la Misa meditada. Un tomo en 16.º de 96 paginas encuadernado con bonitas cubiertas, 12 centavos.

Encuadernado en tela y planchas, 30 centavos.

Pequeño mes de Señor S. José. Seguido de la novena del mismo Santo, pensamientos piadosos para el mes de Marzo, escrito en francés por el autor de las Arenas de Oro, y traducido al castellano por el Sr. Presbítero Gerardo Herrera, Cura Párroco de San José. Con licencia eclesiástica.